

El cabeza de chancho.

Había una vez, a fines de los años 30, un pequeño pueblo llamado Talagante, ubicado en Chile. Este pueblo tranquilo y pintoresco se caracterizaba por sus tradiciones culturales y su comunidad unida. Sin embargo, poco a poco, los rumores comenzaron a correr acerca de un hombre siniestro que se ocultaba en los oscuros rincones de la comuna.

Se decía que este individuo, conocido como "El Chancho", poseía una cabeza de cerdo y se paseaba por las calles de Talagante bajo la oscuridad de la noche. Los testimonios eran vagos y las descripciones variaban, pero todos coincidían en que era una figura aterradora y fuera de lo común.

La gente del pueblo, atemorizada por estas historias, comenzó a cerrar sus puertas con llave y a evitar transitar por las calles después del anochecer. Sin embargo, a pesar de las precauciones, algunos residentes afirmaban haber visto a "El Chancho" acechando cerca de sus hogares, lanzando miradas inquietantes a través de su grotesca máscara porcina.

Un joven llamado Alejandro, valiente y decidido, decidió investigar por su cuenta y descubrir la verdad detrás de esta extraña aparición. Armado con una

linterna y su coraje, se aventuró en la noche para desentrañar el misterio que envolvía a "El Chanco".

Recorriendo las calles desiertas de Talagante, Alejandro sintió que los ojos del pueblo estaban sobre él. En cada esquina y en cada sombra, creía escuchar susurros y gruñidos. Su corazón latía rápidamente mientras avanzaba por el camino oscuro.

Finalmente, llegó a un viejo y abandonado caserón en las afueras del pueblo. Una tenue luz brillaba en una de las ventanas, y Alejandro decidió acercarse para investigar. Al asomarse, quedó petrificado al ver a "El Chanco", con su cabeza de cerdo en toda su macabra gloria, devorando algo en la habitación.

Lleno de valentía, Alejandro abrió la puerta y confrontó a "El Chanco". Pero lo que encontró fue aún más perturbador. Al quitarle la máscara, descubrió que "El Chanco" no era más que un hombre aterrorizado y torturado por su apariencia. Su cabeza, deformada de nacimiento, lo había convertido en un paria de la sociedad.

El hombre, cuyo nombre era Felipe, confesó que se había refugiado en el caserón para vivir en soledad y escapar del rechazo de sus conciudadanos. Su

disfraz de cerdo era su intento desesperado de ocultar su verdadera identidad y encontrar algo de paz en medio de su terrible aislamiento.

Conmovero por la historia de Felipe, Alejandro decidió ayudarlo en lugar de juzgarlo. Se acercó a la comunidad y compartió la realidad detrás del hombre con cabeza de cerdo, abogando por la comprensión y el respeto hacia aquellos que son diferentes.

Poco a poco, los habitantes de Talagante comenzaron a cambiar su percepción de Felipe. Lo invitaban a eventos sociales y lo trataban con bondad y humanidad. La comuna se convirtió en un ejemplo de empatía y aceptación, enseñando a todos que la verdadera belleza yace en la diversidad y la compasión.

Desde entonces, Felipe dejó de esconderse y se convirtió en un valioso miembro de la comunidad de Talagante. La historia de "El Chanco" sirvió como una lección sobre la importancia de no juzgar por las apariencias y la fuerza del amor y la aceptación en superar los miedos más profundos.

Basado en la leyenda urbana, "El cabeza de chanco" de la comuna de Talagante, de la cual soy vecino.

